

LA FERTILIDAD

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA E INFORMACIÓN

AÑO I.
Benito López Ruano
DIRECTOR.
Suscripción
Al mes 0'50 céntimos.

CIEZA 11 DE AGOSTO DE 1904

Juan M.^a Marin
ADMINISTRADOR.
Redacción y Administración
Puigcerver 14.

NUM. 27.

NUESTRA FERIA

No es propósito, por desgracia, la situación económica de nuestro Ayuntamiento, para ocuparse de darle brillo y esplendor á nuestra feria. Las arcas municipales, plétóricas en otros tiempos más dichosos, de dinero, no tienen ni aun para cubrir las necesidades más perentorias de la vida; hace ya tiempo que esa famosa Caja de la villa, duerme el sueño tranquilo del que no tiene dos pesetas que lo roben, sus apartados monetarios son un papel en blanco, en blanco, sí, como están las nóminas de los pobres empleados municipales, en blanco, como es el color de la tierra con que se viste el helado invierno; en blanco como es el triste porvenir de los desgraciados. Hablarle á nuestro Ayuntamiento de próximos festejos, de programas de feria, de números preciosos que lo animen y le den atractivo, belleza y esplendor, es como hablarle á un comerciante de gastos y de diversiones, cuando está en perpetua suspensión de pagos. ¡Pobre Ayuntamiento nuestro! Si tan mortal estado llega á prolongarse, si el blanco de la caja y de las nóminas llega á remarcarse de modo indefinido, muy pronto nuestro Municipio no encontrará personal que le sirva, sus hermosos propios se convertirán en ruinas por no poder sufragar la mas leve reparación, sus calles, sus plazas y sus paseos, tan justamente celebrados por todos los forasteros, presentarán en breve el triste aspecto que revelan el abandono y la miseria, su banda Municipal que en otros tiempos felices gozó de gran fama en la provincia de Murcia, concluirá por disolverse y nuestra bonita y encantadora feria tan visitada por los pueblos comarcanos, no se hará en lo sucesivo. A la entrada de la villa habrá que poner el siguiente epitafio.

**Aquí yacen las ruinas de un pueblo.
Viajero feliz prosigue tu camino, no las
contemples siquiera, porque en su seno
mora el infortunio.**

La situación en que hoy se encuentra Cieza es muy semejante á la que atravesaba el pueblo de Tebas en tiempo del segundo Arcontado. Su vida pública era imposible, el aumento de impuestos, por consecuencia de las leyes generales del país, era cada día más abrumador, la depreciación de los productos comunales cada vez más grande, los ingresos más pobres, los gastos, por todos conceptos más enormes; la situación cada momento más crítica é insostenible. Entonces fué cuando se reunieron en el foro público todas las clases sociales para resolver el problema económico que tan de muerte amenazaba el país. A todo gasto inútil se le crucificó, al de escasa utilidad se le dejó en los huesos, se vigorizó el que debía vigorizarse por su gran importancia, se hizo potente y ordenada administración de todo, se influyó cerca de los poderes públicos para la disminución de los impuestos centrales, se protegieron las industrias, las ciencias y las artes locales, se dió un ejemplo sublime de nueva vida al imperio entero, y Tebas fué por muchos siglos, la expresión gloriosa y sublime de la bendita regeneración de los pueblos.

Cieza, el pueblo, las clases sociales todas, los políticos y los neutros, todos cuantos quieran vivir, debieran preocuparse hondamente del gran problema económico que pesa sobre nosotros, pararle una pronta, eficaz y feliz solución. Así se

obra, así tendrá que obrarse en Cieza.

Pensar en festejos, en programas de feria, en faroles de luces, en castillos pirotécnicos, en lucientes paradas, en veladas y certámenes, en corridas de toros, en divertirse y en reír, cuando la miseria es grande, cuando la crisis financiera es tan angustiosa, cuando la vida es tan imposible, constituye una angrienta paradoja, una contradicción imposible.

¿Que va á feriar á su familia el pobre empleado que hace tres meses que no ha cobrado?

¿Qué el infeliz agricultor con tantas desgracias como le afligen?

Lo primero es comer, resolver la cuestión del bolsillo, llenar los blancos de las nóminas, crear una posible administración, prepararse para vivir; que todas las demás cosas las gozan después los pueblos por añadidura.



A SISIFO

¡Sisypho! Así se escribe. ¿Si supieras quien fué Sisypho? ¿Si conocieras su mitológica historia? ¿Si supieras que fué hijo del Dios de los vientos? ¿Si hubieras sabido que fué ladrón en el istmo de Corinto, y muerto por Teseo, fué condenado en el infierno pagano á subir por una escarpada y altísima montaña, un peñon inmenso, que se le caía al llegar á su cima, teniendo que volver á subirlo de nuevo, sin que jamás haya podido fijarlo en la cúspide de la elevadísima sierra?

Si todo esto supieras, de fijo no hubieras tomado el nombre del condenado eterno, para suscribir la crítica de mi humilde crónica «El Muro».

Empiezas, hijo de Eolo, ensalzando mi inspiración poética, subiéndome á las nubes y dejándome sobre ellas á la misma altura del inmortal Zorrilla; y esto que alagaría la vanidad estúpida de algun necio, es precisamente lo único que ha podido mortificarme de tu insustancial crítica; porque, no teniendo yo esa inspiración con que tratas de envanecerme y fascinarme, claro es, que tu intención ha sido ridiculizar y escarnecer mis pobres composiciones poéticas, de las que nadie mejor que yo conoce sus innumerables defectos, faltas de corrección y de armonía.

Escribes después que «á quien se le ocurre decir, que la verja que corona el muro, parecen flechas arrancadas de las entrañas de los cuerpos vencidos», de los enemigos vencidos, puse yo en el original que mandé á la imprenta, si así no se imprimió fué una equivocación allí cometida; y comentando las entrecorridas frases, dices, «cuando todos sabemos que el hierro no tiene entrañas». De modo que segun tu, como el hierro no tiene entrañas, no puede arrancarse una flecha, una espada ó un puñal del corazón de un hombre ó de las entrañas de un tigre, ¿comprendes hijo de Eolo tu erróneo modo de discurrir? «el hierro no tiene entrañas, luego no puede arrancarse de las entrañas de un cuerpo muerto». ¡Vaya una lógica!

En cuanto á los bastiones, á la gigantesca fortificación y á los guerreros que sobre sus almenas estaban apercebidos para el combate, yo los veía, no con los ojos de la materia, sino con los de mi espíritu, con los de mi ardiente fantasía; y creaba esa fortificación, y esos bastiones, y esos guerreros, y reedificaba también la bermeja to-

rré y elevaba sobre ella la bandera de Castilla, sin que nada de esto exista, ni quizá haya existido nunca ¿y sabes por qué? porque mi alma, mi espíritu, mi inteligencia tienen un don de Dios, tienen la facultad, el poder de crear y crear; y claro que es así puesto que tu vas al muro y solo ves una fuerte y alta tapia coronada por unos raquíuticos hierros y jamás has pensado que allí haya podido existir lo que yo he descrito, lo que yo he creado.

Y por último, al considerar yo aquellos remotos tiempos mejores que los presentes, me refería solamente á que entonces había intenso amor á la patria, virtud, heroísmo y fuertes y aguerridos varones, y hoy que tanto se ha adelantado en las artes y en las ciencias, que se ha apisionado el rayo para que nos alumbré y conduzca nuestra palabra de un polo al otro polo; hoy para encontrar un hombre se necesita la liaterna de Diógenes. ¡Abundan tanto las hembras!

Respeto á tu consejo, ni te lo he pedido, ni te lo agradezco, pero para tranquilidad tuya, te diré, que me baño en aguas más frescas, más puras y más cristalinas que las del Segura, me baño en la Fuente del Ojo.

Deja, pues, á Sisypho hijo de Eolo y nieto de Júpiter, que cumpliendo su eterna condena, siga subiendo la pesadísima piedra á la cúspide de la montaña abrupta, en expiación de sus atrocidades del istmo de Corinto, y no te metas tu, seas quien fueres, escuchado con su nombre, á crítico literario, que es como si te metieras en camisa de once varas.

Veritas



A «EL ROPERO»

LA CARIDAD

I

Esta virtud, enseñada y practicada por Cristo durante su vida privada y sobre todo publicada, ha sido una de las riquísimas joyas legadas por El á la humanidad fiel y creyente, que ha sabido conservarla en su grandioso corazón como rico manjar cotidiano, que había de servir de alimento nutritivo y vigoroso en el orden moral para las familias y pueblos cristianos.

La caridad, esta idea ó virtud de subvenir á las necesidades de los menesterosos ha ejercido siempre poderosa influencia y verdadera decisión en todos los acontecimientos de indignicia de esta nuestra vida temporal: en efecto, si esta virtud no es ilusión de la fantasía sin correspondencia en la realidad, al momento el ser inteligente y libre que la posee, movido por una fuerza poco comun tiende necesariamente á saborear el gozo, que el cumplimiento y ejercicio voluntarios de ella proporcionan. Así vemos y no es de extrañar, que las personas verdaderamente cristianas armonizan la pobreza material con la riqueza física, los vuelos de la inteligencia más alta y privilegiada con los sentimientos propios del corazón más humilde y olvidado, las especulaciones de la ciencia teórica con las necesidades de la vida puramente práctica porque esta virtud es paño suavísimo que absorbe las lágrimas vertidas en la desgracia, bálsamo que cicatriza todas las heridas habidas en el campo de la vida, rocío que apaga la sed abrasadora de poseer con miras de

